

cuadro de las vicisitudes de la fortuna; pero tambien andaba errante con otro nombre en países extraños. La hija única del duque de Orleans, separada de su madre, y sin otra protectora que la señora de Sillery-Genlis, mujer sospechosa á todos los partidos, erraba por las márgenes del Rhin y alcanzaba la Suiza alemana para refugiarse bajo un nombre supuesto en un convento.

Contemplaba el duque de Orleans en el fuerte de la Guardia la dispersion de los suyos y su propia caída como un espectáculo extraño para él. Ya fuera que tuviese la creencia de que las grandes revoluciones devoran á sus apóstoles, ó ya una especie de filosofía sin esperanzas ni pesares le hiciera aceptar, como á un sér inerte, los vaivenes del destino, no se animaba su sensibilidad sino por el sentimiento paternal, que parecia sobrevivir el último en su corazón. Habitó primero en el mismo aposento que sus dos hijos, y podia pasearse con ellos en la azotea del fuerte, en donde sus miradas, libres al ménos, penetraban desde lo alto de la roca en el vasto horizonte del Mediterráneo y en el movimiento y ruido de Marsella. Al cuarto dia de su detencion, y estando almorzando con sus hijos, entraron en su cuarto algunos oficiales de guardias nacionales para notificarle la órden de separarse del duque de Montpensier, que fué encerrado solo en otro piso de la fortaleza. «En cuanto al más jóven de vuestros hijos,—le dijo el oficial encargado de la ejecucion de la órden,—se le permite, á causa de su tierna edad, permanecer aquí; pero no podrá volver á ver á su hermano.» El príncipe protestó en vano contra la barbarie de la órden. El duque de Montpensier fué arrancado, bañado en lágrimas, de los brazos de su padre y de su hermano, y conducido á otro piso de la fortaleza.

Después del primer interrogatorio, trasladados al fuerte de San Juan, prision más siniestra, situada á la extremidad del puerto de Marsella, su cautividad, más estrecha, quedó privada de aire, de vista y de ejercicio. Encerróse al príncipe y sus dos hijos en tres calabozos sobrepuestos los unos á los otros en las recias paredes de la torre, permitiéndose al más jóven, el conde de Beaujolais, respirar algunas horas al dia el aire exterior, bajo la vigilancia de dos guardias. Cuando bajaba para ir á paseo, el niño pasaba delante del cuarto de su hermano, situado debajo del suyo. El duque de Montpensier arrimaba entónces su rostro á la puerta, y los dos hermanos cruzaban algunas palabras por entre las maderas y cerrojos, dándoles el sonido de sus voces un momento de alegría. Subiendo un dia el conde de Beaujolais, halló abierta la puerta del duque de Montpensier, y escapándose de los guardias, entró de un salto en el cuarto de su hermano para arrojarse en sus brazos. Costó á los centinelas mucho trabajo separarlos, pues ya hacía dos meses que los hermanos no se habian visto. Tomáronse medidas contra aquellas sorpresas de ternura, como contra una trama de malhechores. El uno de ellos tenia trece años, el otro diez y ocho.

Su padre, aposentado en la misma escalera, no podia verlos ni oírles. El deseo de contemplar un príncipe de la sangre, autor y víctima de la revolucion, que llevaba las cadenas del pueblo á quien habia servido, atraia continuamente visitantes al sitio en que estaba su calabozo. El príncipe, á quien era más gravosa la soledad que el cautiverio, y que no tenia otra sociedad peor que la de sus pensamientos, no procuraba sustraerse á las miradas ó preguntas de los curiosos. Cada uno de ellos parecia aliviarse una parte del peso de sus horas.

Habiendo oído un dia la voz de uno de sus hijos, le gritó desde el rincón de su calabozo: «¿Eres tú, Montpensier, pobre hijo mio? ¡Cuánto bien ha causado en mí tu voz!» El hijo sintió á su padre levantarse del lecho para ir á la reja y suplicar al carcelero le dejase ver á sus hijos; pero esta gracia le fué negada, y la puerta por donde se habian comunicado un suspiro el padre y el hijo quedó para siempre cerrada.

## VI

Este sacrificio á la concordia ó á la sospecha, hecho por la Gironda y la Montaña, no habia sido más que un paliativo del odio que animaba á un partido contra otro. No por haber arrancado de la Convencion aquella sombra de rey, cesaron en los discursos y periódicos las mutuas acusaciones de traicion. Saint-Just, Robespierre, Guadet, Vergniaud é Isnard discutieron algunas teorías constitucionales. «Acabemos la Constitucion,—decia Vergniaud en la sesion del 8 de Mayo;—con ella desaparecerán ese código draconiano y ese gobierno de circunstancias, indudablemente exigidos por la necesidad y justificados por traiciones harto memorables, pero que gravitan lo mismo sobre los buenos ciudadanos que sobre los malos, y fundarian muy pronto la tiranía so pretexto de libertad. Apresurémonos, ciudadanos, á tranquilizar á los cultivadores, á los comerciantes, á los propietarios, alarmados por los dogmas que aquí oyen resonar. Los antiguos legisladores, para hacer respetar sus obras, hacian intervenir á algun dios entre ellos y el pueblo. Nosotros, que ni poseemos la paloma de Mahoma, ni la ninfa de Numa, ni el demonio familiar de Sócrates, sólo la razon debemos interponer entre el pueblo y nosotros. ¿Qué república quereis dar á Francia? ¿Quereis proscribir de ella la riqueza y el lujo que, segun Rousseau y Montesquieu, destruyen la igualdad? ¿Quereis crear un gobierno austero, pobre y guerrero como el de Esparta? En este caso, sed consecuentes como Licurgo, repartid los bienes entre los ciudadanos, proscribid los metales que la codicia arrancó de las entrañas de la tierra, quemad los asignados, manchad con la infamia el ejercicio de las artes útiles, y no dejéis á los franceses otra cosa que la tierra y el hacha; que no paguen más impuestos los hombres á quienes hayais concedido el título de ciudadanos, haciendo sólo tributarios á aquellos á quienes negueis este título, obligándoles tambien á satisfacer vuestras necesidades con su trabajo. Tened extranjeros para hacer el comercio, buscad ilotas para cultivar vuestros campos, y haced depender vuestra subsistencia de vuestros esclavos. Es incontestable que semejantes leyes son crueles, inhumanas, absurdas; es incontestable que el más terrible de los niveladores, la muerte, dominaria presto sola en vuestras campiñas, y concibo que la liga de los reyes os está imbutyendo sistemas que reducirian á los franceses á la igualdad de la desesperacion y de las tumbas. ¿Quereis fundar como en Roma una república conquistadora? Os diré, y conmigo la historia, que las conquistas siempre fueron fatales á la libertad, y con Montesquieu, que la victoria de Salamina perdió á Atenas, como la derrota de los atenienses á Siracusa. ¿Para qué, por otra parte, las conquistas? ¿Quereis hacerlos los opresores del género humano? En fin, ¿quereis hacer de la nacion francesa un pueblo simplemente agricultor y comerciante, aplicándole las pastorales instituciones de Guillermo Penn? Pero ¿cómo existiria un pueblo así



en medio de naciones casi siempre hostiles y gobernadas por tiranos que no conocen otro derecho que el de la fuerza?»

Vergniaud se declaró contra todas estas teorías de constituciones ultrademocráticas para Francia, y pidió que las instituciones se apropiasen á la situación geográfica, al carácter nacional, á la actividad industriosa, al estado de virilidad y de civilización del pueblo que la Convención quería legislar. Combatió las antiguas utopías, y se contentó con invocar las inspiraciones de la sensatez. Pero la república de razón de los girondinos no correspondía ni á la enardecida imaginación del pueblo, ni á las sobrenaturales ideas de los jacobinos para la completa transformación de la sociedad.

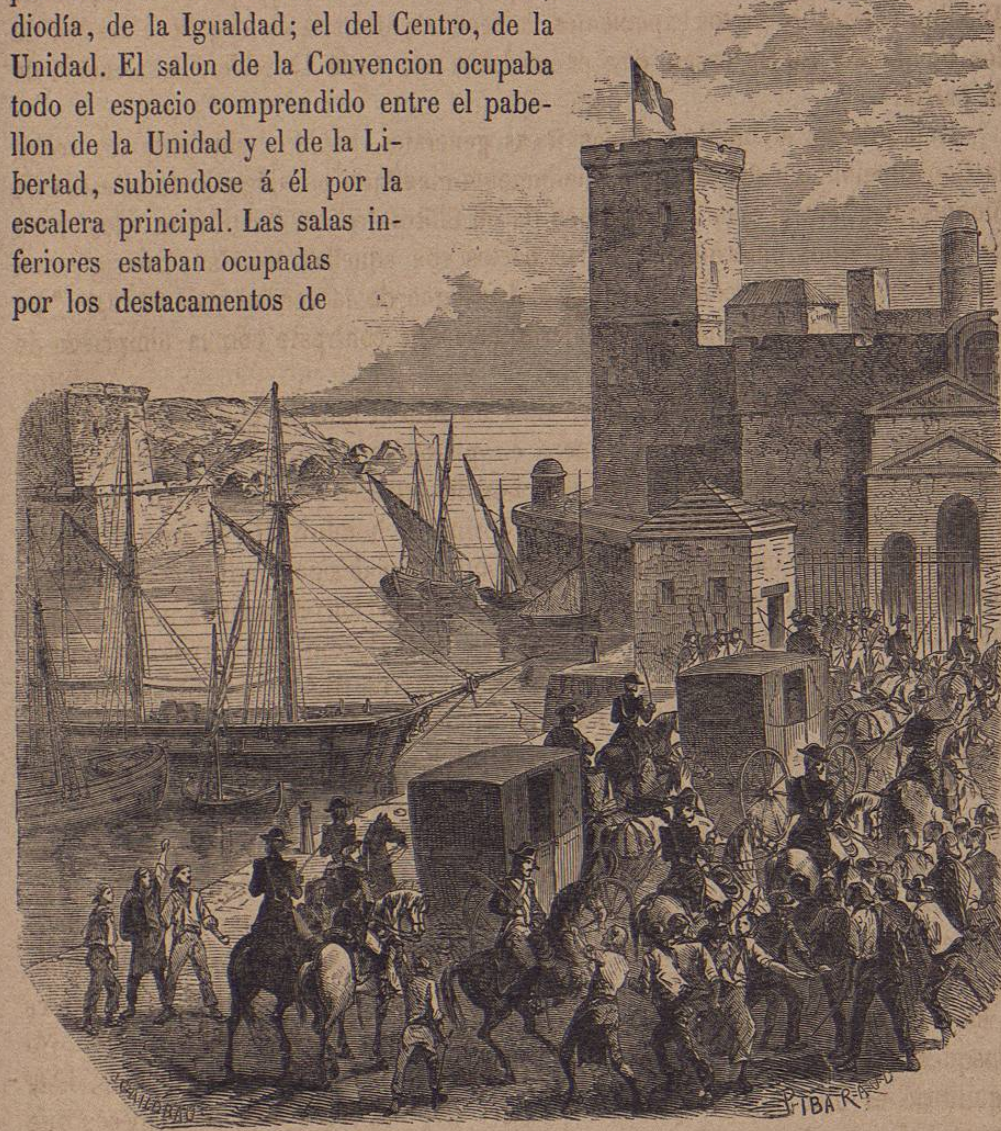
Isnard, calculando la lentitud con que caminaría la Convención en llevar á cabo el establecimiento de la Constitución, y queriendo poner la vida de los mismos legisladores bajo la garantía de un derecho inviolable, propuso que se decretase en algunos artículos un pacto social, ántes de discutir los pormenores de la Constitución. La Montaña, que no quería otra ley fundamental que la voluntad del pueblo y la dictadura de las circunstancias, acogió con murmullos la proposición de Isnard. Danton, el hombre de los expedientes, la rechazó; afectaba un orgulloso desden de los hombres y de las cosas, y se encaminaba sin cesar al hecho: la salvación de la patria.

Robespierre, el hombre de las ideas generales, habló al siguiente día sobre la Constitución. Su discurso, profundamente meditado y redactado en el estilo de Montesquieu, era el acta de acusación de un filósofo contra las tiranías y los vicios de los gobiernos anteriores. Formar pactos con aquellas tiranías, transigir con aquellos vicios, le parecía una debilidad indigna de la verdad y de la razón. La austeridad de sus principios de gobierno formaba contraste con la templanza de los girondinos.

«Hasta aquí—decía Robespierre—no ha sido el arte de gobernar, sino el de despojar y avasallar al mayor número en provecho del menor. El objeto de la sociedad es la conservación de los derechos del hombre y la perfección de su ser, y en todas partes la sociedad degrada y oprime al hombre. Ha llegado el tiempo de hacerla entrar en sus verdaderas funciones. La desigualdad de condiciones y de derechos, esa preocupación hija de nuestra educación, depravada por el despotismo, ha sobrevivido aún á nuestra imperfecta revolución. Ha corrido ya la sangre de trescientos mil franceses, y quizá va á verterse aún la de otros trescientos mil, para impedir que el simple labrador venga á sentarse en el senado junto al rico mercader, que el artesano pueda votar en las asambleas populares al lado del comerciante y del abogado, y que el pobre inteligente y virtuoso pueda gozar de los derechos del hombre en presencia del rico imbecil y corrompido. ¿Pensais que el pueblo, conquistador de su libertad y que ha derramado su sangre por la patria, mientras vosotros dormiais en la molición ó conspirabais en las tinieblas, se dejará envilecer, encadenar, empobrecer, degradar, degollar por vosotros? ¡No! ¡Temblad! Pero la voz de la verdad que suena en los corazones corrompidos se parece á los sonidos que retumban en los sepulcros y no despiertan á los muertos. No busqueis la salvación de la verdad en un pretendido equilibrio de poderes. Este equilibrio es una quimera metafísica. ¿Qué nos importan esos contrapesos que hacen balancear la autoridad de la tiranía? La tiranía misma es la que debemos

extirpar; el pueblo es el que debe ocupar el puesto de sus señores y tiranos. No me gusta que el pueblo romano se retire al monte Sacro; quiero que permanezca en Roma, y arroje de allí á sus opresores. El pueblo no debe tener más que un tribuno, y éste debe ser él mismo.»

Robespierre aludió en este discurso al nuevo salón del antiguo palacio de las Tullerías, adonde se habían trasladado la víspera las sesiones. Parecía que la república tomaba posesión definitiva del poder supremo, entrando con la Convención en aquel palacio de donde la jornada del 10 de Agosto había expulsado á la monarquía. El edificio entero se había apropiado al nuevo destino que recibía, pues desde el salón de la Convención hasta las salas de los ministros y grandes oficinas públicas, las Tullerías contenían todo el gobierno, constituyéndose en verdadero palacio del pueblo. Habíanse dado nombres populares á los jardines, patios, pabellones y cuerpos de edificio que su vasto recinto encerraba; en todas partes había substituido la república los atributos del pueblo á los del rey, los símbolos de la libertad á los de la tiranía. El pabellón del Norte se llamaba de la Libertad; el del Mediodía, de la Igualdad; el del Centro, de la Unidad. El salón de la Convención ocupaba todo el espacio comprendido entre el pabellón de la Unidad y el de la Libertad, subiéndose á él por la escalera principal. Las salas inferiores estaban ocupadas por los destacamentos de



El duque de Orleans y sus hijos son trasladados al fuerte de San Juan.—Pág. 458.



tropa que custodiaban á los diputados. Aquel salon de la Convencion, más vasto y á propósito para las funciones de una asamblea soberana, habia sido decorado por el pintor republicano David. Allí renacian en las formas, en la tribuna, en las estatuas, los recuerdos del foro romano. Era su aspecto majestuoso y austero, pero inspiraba al pueblo ménos respeto que los salones improvisados de los Estados generales y de la Asamblea nacional. No era el salon del primer movimiento popular; no habia resonado en él, como en el Juego de Pelota de Versalles, el juramento de los tres órdenes; no habia oido, como el Picadero, la voz de Mirabeau.

## VII

Entre tanto se iban sucesivamente agravando los peligros de la república. La Vendée habia levantado la bandera contrarrevolucionaria. Santerre se ponía al frente de los batallones parisienses que debian marchar allí para sofocar la guerra civil. Custine, replegado sobre Landau, apenas cubria la línea del Rhin. Wurmser y el príncipe de Condé asediaban á Maguncia. Marsella, Burdeos, Toulon y la Normandía estaban en fermentacion.

La clase media, los banqueros, los comerciantes, los literatos, los artistas, los propietarios, pertenecientes casi todos al partido que queria moderar y contener la anarquía, ofrecian á los oradores de la Gironda un ejército contra los arrabales. Ambos partidos, casi igualmente confiados en el triunfo, deseaban una jornada decisiva que los libertase de sus enemigos. Burdeos, por medio de un manifiesto amenazador, dió á la Montaña y á la Gironda el medio de medir sus fuerzas en la sesion del 14 de Mayo. «Legisladores,—dijo el orador de Burdeos,—la Gironda tiene la vista fija en los peligros de sus diputados, sabe que están destinadas á la muerte veintidos cabezas de representantes. ¡Convencion nacional, y vosotros parisienses, salvad á los diputados del pueblo, ó vamos á precipitarnos sobre Paris! La revolucion no es para nosotros la anarquía, la desorganizacion, el crimen, el asesinato. ¡Todos perecerémos ántes que sufrir el reinado de los malvados y asesinos!»

La Asamblea escuchó con estremecimiento aquellas amenazas, en que la Montaña reconoció la inspiracion de Guadet y Vergniaud. El presidente osó responder á los peticionarios en un lenguaje que parecia invocar vengadores para los girondinos proscritos. «Id—les dijo—á tranquilizar á vuestros compatriotas; decidles que en Paris hay un gran número de ciudadanos que vigilan sobre los malvados pagados por Pitt para oprimir á la Asamblea nacional. Si hoy quisieran elevarse nuevos tiranos sobre los escombros de la república, tomaríais la iniciativa de la insurreccion, y Francia indignada se levantaria con vosotros.»

Legendre se irritó contra una peticion incitada y mendigada por diputados pèrfidos, que se quejaban de que se trataba de degollarlos, sin tener el más leve rasguño que enseñar. «Ciudadanos,—dijo Guadet,—no subo á la tribuna para defender á los habitantes de Burdeos, porque no han menester defensa. Si no enviáis al patíbulo ese puñado de asesinos que traman nuevos crímenes contra la Representacion nacional, los departamentos caerán sobre Paris.» «Mejor,—dicen algunas voces en la Montaña,—no deseamos otra cosa.» «Ayer—continuó Guadet—se ha hecho en los Jacobinos la mocion de exterminarnos á todos ántes de marchar

á la Vendée, y esa peticion de asesinos fué cubierta de aplausos. Se habla de un desquiciamiento de la república. ¡Ah! Ciertamente que Paris lo reconocerá bien pronto por sí mismo; es imposible que esto continúe así mucho tiempo. Los que quieren el desquiciamiento son los que tratan de disolver la Convencion entregando una parte de sus miembros al hierro homicida. ¿Creeis que los departamentos verán impunemente caer á sus diputados bajo el puñal? ¡Y aún se nos habla de enseñar de antemano nuestras heridas! Esto es precisamente lo que Catilina respondió á Ciceron. «Atentan contra vuestra vida,—decia á los senadores,—pero todos respirais.» Pues bien, Ciceron y los senadores debian caer bajo el hierro asesino la misma noche en que aquel traidor les hablaba así.»

La Convencion vacilaba á cada nuevo debate. Isnard fué nombrado presidente por una gran mayoría, y esta eleccion redobló la confianza de la Gironda en sus fuerzas, siendo considerada por la Montaña como una declaracion de guerra, y hasta por los moderados como un desafío.

Isnard, hombre excesivo en todo, tenia en el carácter la fogosidad de su declamacion. Era la exageracion de la Gironda; uno de esos hombres reconocidos como jefes por las opiniones, cuando éstas, arrastradas á la temeridad por la embriaguez del éxito ó del miedo, renuncian á la prudencia, esa salvacion de los partidos. Vergniaud, cuya moderacion igualaba á su fuerza, vió con sentimiento aquella eleccion, porque conoció que el nombre de Isnard enviaria á la Montaña muchos hombres indecisos todavía. La sangre fria de Vergniaud dominaba siempre en sus más elocuentes improvisaciones, y como conocia el poder de la razon en las masas, era siempre su entusiasmo hábil y meditado. Hubiera deseado formar entre los dos extremos de la Convencion una mayoría de sensatez y patriotismo que amortiguase los golpes que las dos grandes facciones iban á darse.

Cada uno de los dias en que presidió Isnard se señaló con una borrasca y terminó en una catástrofe.

El primer dia, en la sesion del 9 de Mayo, las secciones de Paris reclamaron que se pusiera en libertad á un tal Roux, preso arbitrariamente de orden del comité revolucionario de la seccion del Buen Consejo. «Es la faccion de los hombres de Estado,—exclamó Marat,—que quiere proteger en ese hombre á los contrarrevolucionarios.» «¿Somos una república libre, ó un despotismo popular?—le respondió Mazuyer.—¡Cómo! ¿Podrá arrancarse en medio de la noche, sin sentencia ni auto de prision, á un ciudadano de su hogar, y lo consentiremos?» Se accede á la peticion de las secciones. Legendre se levanta pidiendo que la votacion sea nominal para que el pueblo conozca los nombres de los que protegen á los conspiradores, y en esta pretension le secundan cincuenta miembros de la Montaña. El presidente se opone á ello, é interrumpe la sesion, cubriéndose. Se pasan dos horas en tumultuosa agitacion, sin poder acallar los gritos de la Montaña y de las tribunas. Vergniaud pide que se levante la sesion y se envíe acta de ella á los departamentos.

Couthon, segundo de Robespierre, quiere hablar desde su asiento, manifestando que la dolencia que paraliza sus piernas le impide subir á la tribuna; pero los girondinos no le hacen caso ni atienden á su dolencia. Entónces el diputado Maure, hombre de fuerzas atléticas, toma á Couthon en sus brazos y le lleva á la tribuna. Los espectadores aplauden. «Me dicen que soy un anarquista, y que he